

Oreg 624

LA EDUCANDA,

REVISTA DE EDUCACION.



BIblioteca Municipal
MADRID

SOBRE LA INFLUENCIA DE LA MUGER.

La ciencia de la educacion nos enseña que sobre las instituciones humanas y en el seno de la sociedad hay un poder regulador y conservador de ella misma, el único capaz de abrir al individuo y la humanidad entera el derrotero indeclinable de sus destinos, tan pronto como el desenvolvimiento que hoy debe á la civilizacion evangélica lleve su natural accion sobre el hombre de todas las clases y condiciones. Este poder, universal por su influencia, ilimitado por su extension, irresistible por su fuerza, mágico por su eficacia, agradable por su dulzura y seductor por sus encantos, es la muger. ¡La muger! ¡La mas bella de las criaturas, conjunto armonioso de los dones que para la humanidad atesoró la gracia, y ángel inspirado por Dios para guiar al hombre en el espinoso camino de la vida!

La muger, cuya delicadeza y dulzura contrastan admirablemente con su poder, es dueña de los destinos del hombre, porque nada hay superior á su influencia en la voluntad, los pensamientos y sentimientos de todos los individuos. ¿Quién no ha gozado en las caricias de una tierna madre? ¿Quién no ha oido sus súplicas y deseos como sagrados mandatos? ¿Quién no ha sentido en su jóven corazon la ardiente llama del amor? ¿Quién no ha obedecido ó visto obedecer á los prudentes consejos de una dulce esposa? ¿Y hay por ventura algun poder superior á estas diferentes maneras de que la muger dispone para hacernos sentir, para atraer y subyugar el corazon y la voluntad del hombre? Nó ciertamente. La muger forma al hombre y al ciudadano en el seno de la familia: lo entrega á la sociedad guiado por las creencias que le ha sabido inspirar desde

la cuna y armado con sus propias virtudes ó sus vicios. ¡Así decide de su destino!

La muger es para el hombre el objeto de sus primeras afecciones, en reconocimiento á la solicitud y amorosas caricias de madre. A ella le ligan los sentimientos inspirados por sus consejos y ejemplo; la obediencia y el respeto adquiridos en la dulce comunicacion de la vida íntima, y el eterno reconocimiento que nos hacen sentir sus incesantes afanes por nuestro bienestar y nuestra dicha. Pero lo que completa su influencia es su poder sobre nuestras pasiones.

Ligado el hombre á la muger por tan poderosos vínculos, que se reasumen en el amor, ¿puede pensar, querer ni obrar sin que en ello tenga la muger una directa intervencion? Nó: esposa ó madre, está dotada de una influencia natural sobre el hombre, que en vano las antiguas civilizaciones han querido extinguir, porque no lograron otra cosa que la degradacion y el embrutecimiento de los pueblos, habiéndola degradado y embrutecido.

En el pleno goce del poder intelectual y moral que la corresponde, y la igualdad en que respecto al hombre la colocó el Evangelio, realizando su dignidad para que la tuviese por compañera, lleva en su mano la viva antorcha de la civilizacion que derrama sobre los pueblos la luz de la verdad, asegura en las familias la dicha y el contento, y enciende en el corazon del hombre la virtud y la fuerza necesarias para cumplir sus destinos.

Con el amor, el primero, el mas dulce é intenso de los sentimientos, inspira, manda y convierte al hombre en la otra mitad de su sér, que se confunde en ella misma para pensar como ella, querer como ella, y como ella seguir el camino de la piedad, la caridad y la

virtud, cuyo culto parece haberle sido confiado especialmente por Dios.

Donde quiera que estudiemos á la muger, la hallaremos siempre desempeñando la mision mas elevada, y ejerciendo el mas decisivo y trascendental de cuantos poderes reconocen el hombre, los pueblos y las generaciones, porque ninguno como él en la tierra es inherente á nuestra condicion, ni ha sido igualmente proclamado y santificado por el Redentor del mundo.

En el seno de la familia, entregada á los afanes domésticos, ¿quién la iguala en vigiliass porque nada falte á las necesidades de sus hijos, en solicitud porque reine entre ellos la alegría y el contento que forman sus delicias, y en cuidados y abnegacion para que las desgracias y enfermedades no turben la dicha de aquellos á quienes ella sacrifica gozosa sus placeres, su propio bienestar y hasta su vida? ¿Y qué motivos impulsan entonces con mas fuerza el corazon de los niños, que los puros sentimientos naturalmente inspirados por aquella madre solícita é infatigable hácia quien el reconocimiento, la gratitud y todos los tributos morales que rendimos á nuestros bienhechores nada serian, á no llevar en sí mismos el sello especial que les dá el cariño de hijos, es decir, el amor filial que empieza sus manifestaciones con los primeros destellos de la inteligencia?

Si la estudiamos en las diferentes circunstancias de su adolescencia y juventud, ¿cómo preconizan su influencia las atenciones, galanterías y consideracion que empieza á recibir, primero por la ligereza de sus gracias y la dulzura de su inocencia; y despues por su candor, belleza y seductores atractivos! En esta edad de la vida su poder es irresistible y hasta tiránico; la sumision del hombre, á veces ciega é irreflexiva. ¿Cómo toma y emplea los diversos tonos del sentimiento á la pasion, del respeto á la adoracion, y con qué prontitud arrastra lo mismo para entregarse á la virtud que para precipitarse en el crimen! Despues esposa, poseedora del corazon del hombre, compañera de su destino, ¿quién se atreve á dudar de que

es el sér que piensa y siente por el hombre para inspirarle los pensamientos y sentimientos que han de mover su voluntad en la familia y en el pueblo, es decir, para determinar sus actos en la vida privada y pública?

Ya hemos dicho que la muger es quien enciende la antorcha de la civilizacion del hombre, porque forma sus costumbres y sus creencias, objeto final de todas las conquistas del entendimiento. Mas para que esa civilizacion sea la verdadera, es preciso que su alma, ilustrada por la ciencia y templada en la virtud, forme el espíritu de los pueblos con la instruccion y la moralidad que deposite en el espíritu de sus hijos. No solo la ilustracion, sino hasta la sabiduría es necesaria á la muger para corresponder á su elevada mision:

Si obedeciendo á los errores de algunos tiempos y siguiendo la doctrina de ciertas escuelas, no se instruye convenientemente á la muger para que cuando madre posea la ciencia, sin la que es imposible formar buenos ciudadanos; y por el contrario, se la prepara solo para desempeñar el gobierno doméstico, los pueblos recogerán el fruto amargo de su ignorancia en los errores y hasta en los vicios de los que los gobiernen.

Eduquemos á la muger: instruyámosla hasta el conocimiento mas completo posible de Dios y sus obras, del hombre, su naturaleza y su destino. Posea, pues, la religion y la moral por el fuego de la inspiracion, la fuerza del sentimiento y la luz de la ciencia. No ignore nada de cuanto conduce á realizar por su medio la obra del destino humano en la tierra. Pero no se crea que esta preparacion de la muger para la virtud y el saber ha de ser privilegio de determinadas clases, nó. Hay en la muger, de elevado rango ó de modesta esfera, de humilde cuna ó distinguida estirpe, un destino comun que es el de madre; y para cumplirlo, es para lo que se necesita el esmerado cultivo de su espíritu, á fin de que la sociedad reciba en todas sus clases el beneficio de su influencia en la preparacion de los ciudadanos.

L. R. y P.

NO ES FÁCIL COMPRENDER BIEN Á LOS NIÑOS.

Soy madre y me entenderán las que saben cuántas reflexiones combinamos en la mente, siempre que nos preocupan temores ó esperanzas respecto al porvenir moral de nuestros hijos. Las madres conocemos todo lo que á la solicitud de nuestras observaciones revelan esos caracteres nacientes en que procuramos leer todo un destino, y sabemos cuánto nos obliga la necesidad de una accion constante á indagar y distinguir en esos corazones sometidos á nuestra influencia, lo que quizá nunca hubiéramos reconocido en el nuestro.

En la delicada tarea de la educacion siempre me ha parecido tan importante como difícil el conocer los verdaderos móviles de las acciones de los niños. Procuro darme cuenta de la naturaleza y causa de esa multitud de alteraciones que sufre el humor de una criatura en el espacio de un cuarto de hora, empleado en hacer travesuras, irritarse y arrepentirse; quiero indagar los motivos que me han determinado á usar tal ó cual medio de correccion que adopté por instinto, ó por efecto de esa rápida comunicacion de las existencias, de ese impulso simpático que produce en nosotras la accion mas eficaz para establecer nuestro imperio sobre la voluntad que deseamos subordinar; pero cuando me entrego á estas meditaciones, mis ideas me llevan tan lejos que no sé por dónde comenzar.

Escribo este artículo, porque deseo corresponder á una galante exigencia; y discurriré sobre ciertos hechos de mis queridas hijas Amalia y Benigna, no para instruir de lo que en casos análogos se debe pensar y hacer, sino para manifestar los motivos de mis juicios: con este fin comunicaré mas ideas que las que pongó en práctica, porque mi atencion no podrá limitarse á las que me han servido de guia, teniendo que abrazar las que me sean necesarias para explicarme.

En cada niño veo á un mismo tiempo la criatura humana entera, tal como es en la actualidad y como debe llegar á ser un dia. En

sus órganos imperfectos y en su inteligencia incompleta se encierran, desde el primer momento de su existencia, los gérmenes de lo mejor ó de lo mas malo que ulteriormente ha de poder dar de sí; en todo el curso de su vida no habrá en el hombre accion ó hábito que no pertenezca á la naturaleza, cuyos rasgos están ya bosquejados en el niño; ni el niño recibirá impresion algo viva ó duradera, cuyo efecto no influya en la vida del hombre: así es, que el destino, el fin y la felicidad de la existencia, el desarrollo de las facultades, y todo lo grande, lo importante y lo útil que el sér humano siente en sí mismo, está comprendido en el pensamiento de la educacion. Todo parece que está confiado á ella, y sin embargo, todo se le escapa incesantemente por la tenuidad é inestabilidad de los resortes en que debe obrar, por la imposibilidad en que nos hallamos de comprender siempre á ese tierno sér, tan diferente de los que le dirigen, por la dificultad de asir y retener esos hilos delicados y móviles, cuya reunion debe formar un dia el tejido de su corazon, el enlace de sus ideas y el fundamento de su conducta.

Con frecuencia nos engañan las acciones de los niños en sus relaciones exteriores con las nuestras, y nos extraviarnos suponiendo para dirigir las móviles semejantes á los que nos hubieran impulsado á ejecutarlas. Benigna, en no sé qué trasporte de alegría, deja sus juegos, corre hácia mí, se me echa al cuello, y no puede cansarse de abrazarme: parece que todo mi corazon de madre no podrá responder á la viveza de tantas caricias: me deja luego, y con el mismo entusiasmo besa á su muñeca ó el brazo del sillón que encuentra al paso. ¿Tengo algo en mí con que poder explicarme tan caprichoso conjunto de acciones en apariencia contradictorias, ó deberé atribuir las á causas sin relacion alguna con mis propios sentimientos? Mi corazon, que se deshace de ternura al contemplar ese pedazo de mis entrañas, ¿podrá resolverse á no ver en las manifestaciones de su amor sino el efecto de una necesidad de movimiento? ¿He de creer que Benigna me

acaricia como salta y canta, únicamente por hacer algo, y sin ningun sentimiento especial que la determine á ejecutar una de estas acciones con preferencia á las demás? Engañárame si juzgase de tal manera: Benigna me ama tanto como se puede amar á los cinco años; la tendencia á desarrollarse en todos sentidos, y á dar salida, por decirlo así, á la vitalidad, produce en los niños un movimiento exterior fuera de proporcion con el motivo que lo causa. Es lo cierto que Benigna mas me abraza que me ama, llora mas que se disgusta, rie mas que se alegra, y siempre sus expansiones son mas enérgicas y duraderas que las causas de que proceden. Por eso su llanto sigue, aunque el enojo haya cesado; y pasada la necesidad del afecto que la arrastra hácia mí, agota sus caricias en un objeto cualquiera.

El otro dia quise avergonzar á Amalia de un acto de desobediencia que me obligó á despedirla de mi gabinete en presencia de mi hermana. Le dije que su tia se habia escandalizado de aquella falta, y me respondió, enfadada de que se mezclasen en sus cosas, que no sabia lo que aquello pudiera importar á su tia. De esta aparente indiferencia hácia la opinion de mi hermana no se puede inferir que Amalia carece de amor propio: lo tiene, y quizá con exceso, porque teme mucho las reprensiones, y aunque solo tiene siete años, sabe hallar medios de atraerse las alabanzas; mas para ella ser reprendida ó vituperada significa lo mismo, sobre todo cuando llamo una reprobacion extraña en apoyo de mi reprimenda; pues se subleva con la idea de que una persona que no sea yo pueda tener el derecho de censurarla: he aquí lo que no hubiera yo adivinado antes de que su contestacion me lo enseñase: de esta manera, frecuentemente aprendo tarde ó fuera de tiempo.

Nuestra experiencia, muy adelante de los niños en nuestras meditaciones sobre el curso y el progreso de sus ideas, está siempre muy atrás de lo que exige la práctica de la educacion. Nos engañamos á cada paso, partiendo

en ella de datos positivos, porque nos sujetamos á una ciencia en que solo sus principios son siempre los mismos y las aplicaciones incesantemente variables. Por eso escribir ó reflexionar sobre la educacion de nuestros hijos, es un trabajo que rara vez está en relacion directa con el de educarlos. En este asunto la experiencia nos enseña á no aplicar sino con parsimonia y reserva las ideas que ella nos sugiere; y á medir la importancia de cada cosa, no tanto por la del fin á que nos proponemos dirigirla, como por el efecto que el medio pueda ofrecer por sí mismo. El castigo apropiado á una falta podrá ser demasiado fuerte ó malo; una justa severidad reprimiendo un defecto, podrá poner á riesgo el producir otro: menester es pensar en todo, y guardarse de la pedanteria con mas cuidado aun, si cabe, que del error en el principio.

La educacion es una obra de muchos pormenores, y puede decirse que de todas manos, concurriendo en ella tantas cosas independientemente de nuestra voluntad y á pesar nuestro, que seria grande imprudencia no asignarles su respectivo lugar. Cualquiera que sea la idea dominante, llegará á ser inútil ó peligrosa, si no admite los acasos, los descuidos, las inadvertencias y los yerros, el tiempo perdido ó mal empleado, las nociones falsas recibidas sin saber dónde, los malos hábitos adquiridos sin saber cómo, la insuficiencia de la direccion en unas ocasiones y del freno en otras; en una palabra, todos los accidentes de la vida, del carácter y del espíritu de los niños, y aun de las personas que los manejan: preciso es, pues, tener preparado el terreno de manera que podamos llevar las cosas á un buen fin, sin pretender sujetarlo todo á un sistema uniforme y regular.

J. M. DE T.

EL AMOR MATERNAL.

El mas desinteresado, generoso y magnánimo sér de la tierra, con dignidad mas modesta, pero no menos venerable que la del padre de familia, es la delicada y su-

blime criatura distinguida con el maravilloso privilegio de llevar en su seno y alimentar de sí misma los seres misteriosos destinados á poseer á Dios en la gloria de su eternidad.

Cuando Dios ciñe la frente de la virtud con la bella y santa corona de la dignidad maternal, cuando nada oscurece al esplendor de esa diadema que desciende de los cielos, parece mas brillante á los ojos, y pesa menos al corazon que la de los reyes. Preguntad á esta madre si cambiaria su feliz maternidad por las mayores riquezas y por el cetro mas poderoso del mundo.

Dios ha colocado el hombre, al nacer, en el seno de la familia, como en una escuela de la vida social, porque ha querido que bajo la benéfica influencia del amor maternal se inicien la experiencia de los mas dulces afectos y el aprendizaje de todos los deberes y de todas las virtudes. En la sonrisa de la madre entrevee la criatura los primeros fulgores celestiales, y de la ternura maternal recibe la primera idea de una Providencia llena de amor.

Las madres se fijan con vivo interés en las puerilidades que constituyen la vida de sus hijos; y de la direccion de esas pequeñeces, que no parecen importantes, depende con frecuencia la grandeza futura de estas almas infantiles. «Un beso de mi madre me hizo pintor» decia Benjamin West. En su infancia bosquejó el retrato de un hermanito suyo que estaba dormido en la cuna; y cuando su madre vió aquel trabajo pueril, se alegró tanto, que tomó en brazos al tierno artista y le besó con vehemencia: esta satisfaccion del amor maternal decidió la suerte futura de aquel interesante niño.

Las glorias de este sublime amor, el admirable ministerio de bondad y sabiduría, de consejo y persuasion, de dulzura y gracia, que la madre llena en el seno de la familia, todos estos bienes los saca esa débil muger de las inspiraciones de su amor, de los tesoros de su corazon, y los derrama á raudales inagotables sobre todo lo que la rodea.

Pero ¿quién podrá expresar la fuerza y la ternura, la magnanimidad y el poder del amor maternal? ¿Cómo pintar sus alegrías y sus prodigios?

Abramos la Sagrada Escritura.

Las alegrías de este amor son tan puras é inefables, que el Hijo de Dios nos las presenta como la imágen mas viva de las alegrías celestiales y eternas.—*Vuestro corazon se regocijará como el corazon de una madre.—La muger, cuando vá á dar á luz un hijo, está triste, porque viene su hora (1), la hora, para ella, del castigo impuesto á Eva; mas cuando un hijo ha nacido, ella no se acuerda ya de sus angustias: tan viva y tan profunda es su alegría.*

Eva, la culpable y desgraciada Eva, exclamó llena

(1) San Juan, XXI, 24.

de alegría al dar á luz á su primogénito: *He adquirido un hombre, por favor y beneficio de Dios (1).* Y San Pablo no ignoraba el secreto de aquella alegría de nuestra primera madre, cuando, iluminado por el Espíritu Santo, escribia: *La muger se salvará dando hombres al mundo.*

«Las mugeres, dice Aimé-Martin, no serán madres, segun la ley moral de la naturaleza, hasta que trabajen en el desarrollo del alma de sus hijos. Su mision no se reduce á procrear un bípedo inteligente; el mundo les pide un hombre completo, un hombre cuyas pasiones todas participen de lo bello y de lo infinito, que sepa escoger su compañera, inspirar á sus hijos, y si necesario fuese, morir por la virtud. La muger tiene, pues, dos deberes, así como el hombre tiene dos nacimientos: nacer á la vida no es mas que nacer al placer y al dolor; nacer al amor de Dios y de los hombres, es el verdadero nacer; y la madre nos debe este segundo nacimiento, si aspira á gozar una felicidad mayor que la de vernos respirar y digerir de aquella felicidad que tan al vivo nos pinta Shakspeare, cuando hace decir á la madre de Coriolano: *Menor fué mi satisfaccion el dia en que nació, que aquel en que le ví ejecutar una accion de hombre.* ¡Qué precioso es hallar en el corazon del hijo, como hace Plutarco, el origen de la alegría de la madre! *El fin con que amaba la gloria,* dice hablando de Coriolano, *era la satisfaccion que tenia de ello la madre.* (Plutarco, vida de Coriolano.) Aquellas dos almas estaban de acuerdo para el bien de la pátria y de la humanidad.»

De todas las ternuras de la tierra, ninguna tan venerable y sublime como el amor maternal: es el amor mas puro entre las criaturas humanas. Madres, no temais que vuestros hijos usurpen el lugar que Dios se ha reservado en vuestro corazon. Amar á vuestros hijos es amar á Dios, que os los dá; amar á vuestros hijos es amar á Dios, que os los conserva; amar á vuestros hijos es amar á esas almas inmortales que Jesucristo ha redimido con su sangre. Cuando estais separados de esos hijos tan queridos, amais á Dios que en su seno paternal los guarda en medio de los combates ó de las tempestades de los mares; y cuando os son devueltos, á Dios tambien se dirigen el reconocimiento, la satisfaccion y el júbilo de vuestras almas.

Es tan admirable el amor maternal, dimana tan sensiblemente de la infinita bondad de Dios, que no hay exageracion en decir que el corazon de las madres es la mas bella de las obras del Criador. Al menos, parece que Dios no ha podido hallar en toda la naturaleza una imágen mas viva de su amor hácia nosotros, cuando dice: *Como la madre acaricia á su hijo, así yo os consolaré (2).* He aqui la suprema expresion de su ternura, el último esfuerzo de su amor para persuadirnos: *Y serás*

(1) Génesis, IV, 1.

(2) Isaías, LXVI, 14.

tú como un hijo obediente al Altísimo, y habrá de tí piedad mas que una madre (1).

El amor maternal es de tal manera el extremo del amor finito, que mas allá de él comienza el amor divino: de suerte que cuando Dios quiere darnos á conocer su infinito amor hácia nosotros, nos lo esplica diciendo que nos ama *mas que una madre*. ¿Cómo puede olvidar la muger á su chiquito, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ella le olvidare, yo no me olvidaré de tí (2).

Jesucristo, antes de condenar á Jerusalem, exclamó: ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! ¡que matas los profetas y apedreas aquellos que á tí son enviados! ¡Cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina allega sus pollos debajo de las alas, y no quisiste (3)! Que es como decir: ¡He sido para tí como una madre, y me has rechazado!

El ilustre Fenelon, inspirado por el recuerdo de estas palabras de Jesucristo, dice: ¡Oh pastores de Israel, ensanchad vuestros corazones! ¡Sed padres; esto no basta, sed madres! Este venerable nombre ha sido adoptado por la inmortal Esposa del Hijo de Dios, y nosotros decimos con piadosa confianza: Nuestra santa Madre la Iglesia.

En suma, el amor maternal es el mas generoso de todos los amores, y su prodigioso desprendimiento seria inexplicable si no fuese divino: en el alma de una madre se asocian, con extremada ternura, el amor mas paciente y profundo y la abnegacion mas ilimitada.

Un dia encontraron en un aposento miserable una muger y un niño: el niño aun vivia; pero á su lado estaba muerta la muger: un mendrugo caido de aquellas yertas manos, que la infeliz habia presentado moribunda al pobre niño, atestiguaba que el último suspiro de su corazon, el supremo esfuerzo de su vida, y su última mirada, habian sido para aquel pedazo de sus entrañas; porque aquella desgraciada y sublime muger era una madre.

J. T. L.

ESTUDIOS GRAMATICALES DE LA MUGER.

Una de las gracias que mas realzan la belleza de la muger, es la de expresar sus pensamientos con propiedad y pureza, pronunciando clara y distintamente.

Para poseer tan inextimable atractivo ha de pasar necesariamente por una enseñanza larga y costosa, que formando parte de sus estudios de jóven, haya sido muy esmerada en su instruccion de niña, despues de vencer los penosos rudimentos en la educacion doméstica desde la cuna. Así es en efecto: en el regazo maternal son si-

multáneas la comunicacion de las primeras ideas y la enseñanza del primer lenguaje; pues la continua reproduccion de unas mismas palabras para hacer fijar la atencion en las propiedades del objeto que la madre desea dar á conocer á sus hijos, hace familiar el sonido de su pronunciacion; este se fija en la memoria, estimula el ejercicio del órgano en el niño, que empieza á articular á su vez los primeros sonidos precursores del uso fácil del don de la palabra, manifestacion característica de la inteligencia humana. Formado de esta manera el primer lenguaje de los niños, y en posesion de un caudal de voces bastante á su cariñosa comunicacion, viene la necesidad de desenvolver una instruccion mas extensa para el conocimiento del idioma, que en la muger ha de ser tanto mas distinta que en el hombre, cuanto mas se encamine al verdadero objeto de su educacion. Es, pues, uno de los preferentes asuntos en la educacion doméstica y la primera enseñanza de la muger el conocimiento del idioma pátrio.

Al dar nosotros esta importancia á una parte de los estudios de la muger, que tan poca ha tenido hasta el presente, no se crea que vamos á intentar para ella una obra que la saque de la esfera literaria en que debe desenvolver provechosamente su inteligencia sobre los objetos en que ha de labrar la dicha de la familia y abrir nuevos resortes al bienestar social. Tampoco vamos á entregarla á ridículos estudios gramaticales y filológicos, que no harian otra cosa que distraerla del objeto capital de su educacion y su destino. Nada de esto. La instruccion de la muger, sea el que quiera el ramo del saber en que se pretenda, se ha de realizar perfeccionando su alma y purificándola de las ligeras sombras con que de antemano han podido empañar su brillo el mal ejemplo ó el error, al propio tiempo que adquiere aquellos conocimientos que está llamada á aplicar inmediatamente en las trascendentales relaciones de su vida ulterior bajo el doble carácter de esposa y de madre. Así, pues, tratándose de instruirla en el idioma pátrio, claro es que pretendemos solo que adquiera los conocimientos suficientes para expresar de palabra y por escrito sus ideas y pensamientos con propiedad y correccion, á fin de que mañana, al comunicarlos á sus tiernos hijos, lo verifique apartando sus inteligencias del pernicioso contagio del error en el lenguaje, haciéndoles por el contrario habitual uno propio y escogido.

Ne se tema, pues, que en el vasto campo gramatical que es preciso recorrer para que la muger consiga la expresion pura y correcta de sus pensamientos, la impondremos jamás, y mucho menos cuando niña, la insostenible obligacion de un estudio sério y enfadoso sobre las reglas gramaticales, ni otros trabajos superiores que emplea frecuentemente el hombre para lograr tal fin. Nó, muy lejos de eso. Los prudentes límites en que

(1) Eccl. IV, 11.

(2) Isaias, XLIX, 15.

(3) S. Mateo, XXIII, 37.

consideramos determinada la instruccion de la muger sobre el lenguaje, excluyen por completo todo estudio doctrinal indigesto, que ni aun las ofrece el atractivo de la oportunidad. Las tareas instructivas de la muger sobre el lenguaje han de ser completamente ajenas á todo estudio previo, y por lo mismo al uso de libros doctrinales que tengan este objeto. El método empleado generalmente para venir á que se grabe en la memoria de las niñas un catálogo de reglas gramaticales que nunca llegan á aplicar en el análisis de un período para conocer el pensamiento que encierra, es siempre un obstáculo insuperable para que alcance una verdadera, aunque escasa instruccion en el lenguaje. Ridícula es por tanto para nosotros la pretension de hacer de la niña un estudiante, particularmente en materias abstractas; y mas que ridícula perniciosa, por lo que la separa de objetos mas importantes al cultivo simultáneo de su inteligencia y su razon; tambien lo es por lo que tal abuso influye para que algunas mugeres salgan un día de la esfera científica y literaria que les traza su destino, mas sublime y elevado aun que el cultivo de las letras y las ciencias. Queremos de la muger primero, la esposa inteligente cuya virtud y cariño forman para el hombre la dicha inextimable que le alienta á redoblar su actividad en las conquistas de la inteligencia y del trabajo; y despues, la madre solícita cuya prudencia é instruccion conducen la familia á los goces tranquilos de una dicha que dulcifica las amarguras de la vida pública, y restaña las hondas heridas abiertas en el corazón por las caprichosas contrariedades de la suerte.

Para llegar á este fin, la muger ha de ser ilustrada, pero no erudita; debe haber frecuentado la ciencia cuanto lo exige el cumplimiento de los altos deberes de su destino; pero no ha de entregarse á su cultivo haciendo de él la principal ocupacion de su vida como el hombre. Sin embargo, no rechazamos por esto que alguna vez comparta con los sábios las glorias de un justo renombre, porque no tratamos ahora de las mugeres que por sus talentos y circunstancias particulares son una escepcion, y pueden prescindir de la mayoría de las atenciones domésticas que pesan sobre ellas sin menoscabo de sus deberes para dedicarse á estudios serios.

La enseñanza y el estudio de la muger, durante la infancia y tratándose del idioma, han de ser eminentemente prácticos, partiendo principalmente de dos ejercicios constantes que atiendan á todas las necesidades de la comunicacion en la forma que expondrémos.

R.

ELECCION DE MÉTODOS DE ENSEÑANZA PARA

LA INSTRUCCION DE LA MUGER.

Tambien á las escuelas y colegios de niñas vá llegando ya la aplicacion de verdaderos métodos de enseñanza en la práctica de la limitada instruccion que reciben aun en la mayoría de las poblaciones.

La eleccion de estos métodos, en verdad delicada si se pretende una instruccion provechosa que ilustre la inteligencia y purifique el alma de la muger, es por el contrario indiferente, si se facilita solo el aprendizaje rutinario de una fraseología científica y literaria que lleve la oscuridad al entendimiento y el tédio al espíritu, para que la muger continúe siendo poco mas que un autómatas en el mundo moral. A nosotros nos parece lo primero, porque deseamos esclarecer la region en que la muger ha de aparecer para el mundo y para la humanidad tal como la corresponde; por esto nos vamos á permitir algunas ligeras indicaciones, provechosas aunque generales, para la eleccion de los métodos á que se ha de sujetar su enseñanza práctica antes de la juventud.

Debe preferirse en todo y para todo un método que proceda sobre hechos y ejemplos sensibles, para venir á concluir en las abstracciones. Que dé resultados prácticos, antes que establezca ó reclame teorías que analice primero, esto es, que descomponga las cosas, para generalizar ó reunir las en una expresion despues, con el auxilio de los datos que el análisis nos haya proporcionado en los conocimientos adquiridos. Esta clase de métodos conduce á la infancia sin fatiga de lo fácil á lo difícil y de lo conocido á lo desconocido, porque ocupa bien los instrumentos de la atencion, satisface la curiosidad, y recrea cuanto es posible á la niña en las tareas de la enseñanza.

Estos métodos tienen tambien la ventaja de ser conformes á la marcha de la naturaleza, que ofrece á nuestro estudio los objetos oscuros y confusos, cuando los abarcamos en masa; claros y palpables, si los separamos para conocerlos uno á uno antes de reunirlos.

Las niñas á quienes se instruya por métodos fundados en estos principios, adquirirán ideas y no palabras, y podrán deducir por sí mismas las consecuencias de los hechos que han examinado. Su instruccion será razonada, porque vá al juicio antes que á la memoria; y no procederá de conjeturas, toda vez que se ha pasado por el exámen de la realidad.

C.

CONSEJOS Á LAS MADRES DE FAMILIA.

¡Cuánto se equivocan los que creen que no ofrece dificultad alguna la buena direccion de nuestros hijos!

¡Si todas las madres se persuadiesen de lo difícil que es la obra de la educacion que por la naturaleza les está confiada! ¡Si comprendieran luego el daño que causan á sus hijos con la excesiva tolerancia y condescendencias á que las arrastra un mal entendido cariño!... Bien pronto se revestirian de una saludable autoridad, y cambiando la faz de la educacion doméstica, muy otra seria la condicion moral y social de las generaciones.

Preciso es que la muger comprenda que en cualquiera posicion á que sea llamada para cumplir su destino, ella es la que como madre desempeña el primer papel en la educacion de sus hijos hasta la edad de siete años; y por tanto, debe estudiar y aplicar los medios mas acertados para desempeñarlo. ¿Y cuáles son los que determinan una direccion conveniente para que bajo su influencia se desenvuelvan los gérmenes de que brota la dicha y el porvenir de nuestros hijos? Oigamos los consejos de la sabiduría y la experiencia; sigámoslos con aquellas modificaciones que en la práctica reclama cada orden de necesidades y circunstancias, y habremos logrado la obra mas difícil de la vida.

Veamos, pues:

Busquemos el poder moral que arrastra á los niños á la obediencia hasta la edad en que la razon dirige su voluntad, y constantemente observaremos que solo la costumbre produce en ellos este precioso don; y que por ella siguen las resoluciones de una voluntad firme, que ha llegado á dominar sus inclinaciones con medios suaves y agradables. La voluntad que los dirija ha de ser una verdadera autoridad, cuyas determinaciones se cumplan necesariamente; pero sin que la sea lícito acudir á la dureza, ni mucho menos á la violencia.

Los niños deben tener el hábito de obedecer en todo; y solo así los veremos hacerlo con gusto y con prontitud, ofreciendo además la ventaja de que, si alguna circunstancia imprevista los inclina á la desobediencia, bien pronto consigue la autoridad de la madre traerlos al cumplimiento de aquello que intentaban resistir.

Por el contrario: si esta autoridad no se ha querido ejercer, y los niños no tienen otro dique á sus gustos y caprichos que la débil oposicion de una madre condescendiente, y triunfan una vez de ella, segura es la perversion de su carácter; y lejos de verlos obedecer, los hallaremos muy luego exigentes, obstinados y hasta despóticos, acudiendo para triunfar de quien los dirige á las quejas, lágrimas ó halagos, segun el tiempo y el objeto. ¡Infelices de los que rodeen á estos niños y hayan de sufrir sus caprichosas exigencias! Habrán asegurado un malestar continuo, sin facilitarles por esto ningun bien.

La obediencia, sobre ser un don inextimable, asegura también la salud y la dicha en los niños.

Una muger notable y de esforzado espíritu, que en

la educacion de sus hijos supo resistir todas las debilidades de madre, ha expresado en dos fórmulas sencillas el gran secreto en la buena direccion de los niños. Cuando el niño no obedezca y se empeñe en no hacer, dígase: «*esto es preciso*;» cuando se empeñe en hacer lo que no conviene, opóngasele: «*eso no se puede*;» y sean una y otra fórmula practicadas con todo rigor.

La aplicacion constante de estas fórmulas evita discusiones inútiles y peligrosas, á que en otro caso seria preciso recurrir para convencer y enseñar á los niños.

No basta obedecer; es indispensable obedecer á tiempo, y hacer con prontitud cuanto los padres crean conveniente; así se evitan multitud de peligros que suelen correrse con una tardanza imprudente. Los que se han educado bajo estos principios, nunca ó muy pocas veces han tenido que lamentar malas consecuencias en su conducta.

En ningun caso es conveniente emplear medios duros para conseguir que los niños obedezcan. El resorte mas eficaz para lograr en los niños la obediencia, es poseer su confianza, mereciéndola, hasta en las cosas mas pequeñas. ¡Solo á este precio se llega á tener sobre ellos verdadera autoridad!

Lo que mas enérgicamente se manifiesta en las tiernas almas de los niños, es el amor á lo verdadero y lo justo. La voluntad ante quien hayan de prestar obediencia, debe estar de acuerdo con el vivo sentimiento de justicia que hay en ellos, sobre todo cuando la accion de esta voluntad es regular, y cuando el día siguiente no viene á destruir el buen efecto de los consejos del anterior.

M. P.

PENSAMIENTOS SOBRE LA EDUCACION.

La pereza, la indolencia y la ociosidad, vicios tan naturales en los niños, desaparecen en sus juegos, para los que son vivos, aplicados, exactos, amantes del orden y la simetría; en ellos no se perdonan faltas los unos á los otros, y empiezan muchas veces de nuevo cosas que habian abandonado. Preságio cierto de que podrán despreciar un día sus deberes; pero que no olvidarán jamás sus placeres.

(La Bruyere.)

La pasion por un juego cualquiera, aun el mas útil y el mas moral, es un mal ó un peligro grave. La aficion al juego es natural en la juventud: se la puede regular; pero guardémonos de destruirla.... La aficion al juego es buena en sí misma: la pasion por él nunca será buena. Ella daña y transforma desgraciadamente lo que toca. Ella convierte el trabajo en una carga para hacer-

lo luego odioso. Ella nos hace enojosos hasta los deberes de la familia.

(A. Thery.)

La muger es maestra en todo lo sencillo que atañe al corazón, como parece reservado al hombre todo lo profundo que atañe al entendimiento.

(Bottach.)

No existe objeto alguno de que haya llegado á decirse tanto bien ni tanto mal, como de la muger. Convengase en que deja mucho que desear; demos por supuestas todas sus imperfecciones, todos sus defectos.... pero ¿á qué quejarnos tan acerbamente de la muger, cuando todos nosotros contribuimos con empeño á hacerla tal cual es?

(Bottach.)

La niñez es un sueño: sus alegres años vuelan para nunca volver; y la que sabe aprovecharlos dignamente, grabando en su memoria máximas morales y adquiriendo y practicando las virtudes, labra la base de una felicidad que es eternamente duradera.

(María Y. Verdejo.)

La muger debe manifestar su talento y su prudencia en los asuntos de la familia, y no en los del Estado.

(Pitágoras.)

El amor material da mucho y recibe poco, pero vive á costa de sí mismo.

(Mm. Voille.)

¿Quereis hacer prevalecer una opinion cualquiera? Dirigidlos á las mugeres. Ellas las acogen fácilmente, las generalizan pronto y las apoyan por largo tiempo.

(Mm. Necker.)

UN FALSO PRESAGIO.

(Leyenda.)

Alrededor de una gran chimenea, en la cual ardian algunas ramas de nogal, se hallaban reunidas trece personas pertenecientes todas á una misma familia. En uno de los ángulos, ó mas bien en la extremidad del semicírculo viviente que formaban, un anciano de cabellos blancos, de semblante austero y arrugado, estaba sentado en un viejo y labrado sillón cubierto en otro tiempo de terciopelo de Utrecht, y deteriorado ahora por el excesivo uso, pero que sin embargo era la mejor silla de la habitacion, y sobre todo la mas respetada. En efecto: el anciano, que casi constantemente la ocupaba, tenía derecho al respeto de todos, y todos le amaban y veneraban como un modelo de gefes de familia. Sus hijos le rodeaban esta noche como tenían de costumbre; pero estaban tristes, y cada instante la conversacion cesaba por sí misma.

Eran los primeros dias de mayo de 1854; pero descontento, sin duda, el ya pasado mes de marzo de la corta duracion de su existencia, mandaba de vez en cuando sus desagradables y frios recuerdos; así es, que en ciertos instantes las veletas de los tejados, cediendo al impulso del viento, dejaban oír un ruido monótono y siniestro. También de tiempo en tiempo ladraban los perros de la posesion á algunos aldeanos que pasaban á deshora. Todo quedaba después en silencio, y así contribuía á la tristeza de aquella reunion. Al dia siguiente tenía que abandonar la casa paterna Eugenio Bernard, si no por última vez, por muy largo tiempo al menos.

Eugenio era sargento primero, que hacia próximamente seis meses habia venido á su casa con licencia ilimitada, y creia, como toda su familia, que no volveria á abandonar su aldea. Pero he aquí que una orden le llama al regimiento y que la patria le reclama como á su defensor. No habia que dudar: Eugenio hizo su maleta, previno á sus padres, y dispuso el viaje para reunirse á su batallon. La víspera de esta triste é inesperada separacion todos los parientes se reunieron para despedirse de Eugenio Bernard.

Se habian bebido algunas copas de vino añejo; se habia brindado, y al fin se llegó al momento siempre solemne de la separacion, ya suceda sobre los ricos tapices de un salon, ya ocurra sobre las baldosas de la cocina de un labrador; porque el corazón siente siempre vivas emociones, bien palpita bajo una rústica blusa, bien bajo riquísimos vestidos, y las lágrimas vertidas salen siempre de los mismos manantiales.

El anciano Bernard, habiéndose retirado de la mesa, se apoderó de su sillón, en el que estaba inmóvil y taciturno, sobre todo después de haber mirado á su alrededor y visto que eran trece. Reconcentrando entonces sus ideas, se preguntaba á sí mismo quién de los dos moriria en el año; si él, viejo octogenario al borde del sepulcro, ó aquel valiente y vigoroso joven, entrado apenas en el camino de la vida y próximo á partir. Se decia que si alguno tenía de morir, era él, inútil ya en este mundo. Preocupado en estas reflexiones, dirigia mentalmente al cielo fervientes oraciones para que se le concediera que su hijo se librara de las balas enemigas.

El número trece aterra á muchas personas. Y verdaderamente no sin motivo, cuando remontándonos diez y ocho siglos atrás recordamos tristemente conmovidos aquel odioso acto en que un discípulo de Jesucristo vendia á su Divino maestro por treinta dineros para entregarlo á sus mas encarnizados enemigos, indignándonos sobre todo aquel infame beso con que lo ratificaba. Ya sabemos que Judas se hizo justicia á sí mismo después.

¿Resultará, pues, de estos hechos que si por casualidad nos reunimos algun dia trece en la mesa ha de morir uno dentro del año? No: y sin embargo, es una creen-

cia general, un preságio, ó mejor dicho, una superstición muy extendida. Se comprende fácilmente que en el campo, entre esos seres que viven desde la infancia como pegados á la tierra para extraer sus riquezas, y cuya inteligencia está reducida á ciertos límites, puedan existir ridículas y antiguas creencias, porque estos hombres creen casi siempre con facilidad y por la sola razón de que sus padres lo creían también. En efecto: en los pueblos del campo, mas que en otra parte, las creencias son respetadas y transmitidas por las generaciones; y ordinariamente cuando un hecho no pasa de los límites de lo probable, se convierte en leyenda ó á veces es origen de una superstición. Pero lo que mas sorprende es que en las ciudades y en los mismos centros de la civilización europea, donde el talento humano escudriña hasta las entrañas de la tierra para arrancarle sus secretos, y queriendo saberlo todo rasga el velo que le separa de la verdad; donde el hombre, en fin, ha llegado en sus conocimientos á ese grado de abstracción y realidad que se aproxima á la perfección intelectual; lo que sorprende, repetimos, es el encontrarse á cada paso con semejantes ideas, hasta el punto de poder decir que la superstición reina allí mas despóticamente que en las aldeas.

Por último, es sabido que en una comida, si en el momento de ponernos á la mesa cuenta alguno de los convidados las personas y somos trece, difícilmente se verifica que la mayoría acceda á tomar asiento. Así nos sucedió no hace mucho tiempo, y en tan grave circunstancia uno tenia que retirarse. Afortunadamente habia entre nosotros un niño que fué la víctima, sin embargo de que teníamos el honor de contar en el número hombres graves y eminentes, dotados de una gran inteligencia. ¿Qué se debe deducir de esta anomalía? Dejamos á nuestras lectoras el cuidado de responder.

—Eugenio, dijo el anciano Bernard á su hijo, yo creía, hijo mío, que la Providencia permitiría que en mis últimos momentos estuvieses á mi lado para cerrarme los ojos; pero no es así: sometámonos á sus decretos.

—Padre mío, dijo Eugenio conmovido, yo espero volver pronto y veros todavía.

—¡No, hijo mío, ya ves que hace mucho tiempo que estoy en el mundo! doy gracias á Dios por ello, así como porque ha permitido que mis hijos fueran buenos para mí. Yo os aseguro por vuestro pasado un buen porvenir. No obstante, Eugenio, tu padre, que no te ha visto apartar jamás del buen camino, y que te ama, quiere que antes de separarte de él, quizá por última vez, recibas su bendición. Ven á abrazarme.

Eugenio se arrojó en los brazos de su padre, que le inundó con sus lágrimas.

Las despedidas duraron hasta las once. Entonces el joven sargento, conmovido y triste, fué á echarse en la cama buscando algun reposo; pero es difícil que el sueño

cierre los párpados en estos penosos momentos. Eugenio habia visto llorar en su presencia á toda su familia; llanto que no pudieron borrar de su imaginación las ideas de gloria y honor que tanto le lisonjaban. El guarda-bosques de la comarca, primo suyo, que habia visto las llamas de Kremlin, humedeció también con lágrimas sus canosos bigotes al despedirse. Pero no era esto todo aun. Eugenio pensaba en Luisa, en su querida Luisa, cuya mano le habia sido prometida apenas hacia ocho dias, y de cuyos puros labios habia oído estas dulces palabras: «Eugenio, seré tu amada esposa.»

Al amanecer debia partir. ¿Iria antes de esta hora á renovar la despedida que la habia hecho por la mañana? ¿Iria otra vez á ver correr aquellas lágrimas que le despedaban el alma? No, no tendria valor. ¿Qué hacer entonces para resistir al vehemente deseo que le animaba de volver á ver á Luisa? Partir al amanecer.

Apenas la aurora principiaba á blanquear con su pálida claridad la cima de las montañas, cuando Eugenio, con el morral al hombro y un palo en la mano, salia silenciosamente de la casa paterna, dirigiendo sus pasos hacia el camino de Lyon.

A unos cien metros de la población volvió la cabeza; todo estaba en calma y silencio: un perro solamente le habia seguido sin ruido; le vió, le acarició, y en seguida, tendiendo su mirada á una casa de modesto aspecto en que vivia el padre de Luisa, lanzó un profundo suspiro y partió. Pero oye una voz mágica que pronuncia su nombre, mira y vé cerca de un matorral á una jóven; su corazón palpita con violencia, porque la ha reconocido; es su prometida Luisa.

—¿Tú aquí á estas horas? ¡Cuánto me amas!

—¡Sí, te amo, Eugenio! No habia pensado venir; pero he querido verte y decirte que no me olvidas.

—Luisa, ¿olvidarte? ¡jamás! Mira: mi corazón late con mas fuerza aun que la primera vez que me hallé frente al enemigo; pero.... ¡si te viese por última vez!...

—¿Qué dices, Eugenio, verte por última vez? ¡Oh, Dios mío, no lo habia pensado; pero moriría de pena!

Ya lo hemos dicho: estábamos en el mes de mayo, y la naturaleza, despues de su largo sueño del invierno, principiaba á revestirse de sus verdes galas y con las primeras flores de una bella primavera. En todos los árboles habia suspendidos racimos de hermosos capullos blancos, tímidos y fragantes mensajeros que venian á anunciar la brillante comitiva de sus exquisitos frutos. En aquella mañana el viento fresco y desagradable de la víspera habia desaparecido para dar lugar á un aire tibio y embalsamado. Los albaricoqueros, los jacintos y hasta la tímida violeta, enviaban á la atmósfera sus suaves aromas, y se preparaban á dar la bienvenida al astro del día. Detrás de Eugenio y Luisa habia unas zarzas de espinos albar cargadas de preciosas flores; y ya sabemos que por su forma es

la flor que mas se aproxima á la del naranjo, emblema de pureza é inocencia. Luisa cogió un ramito y se lo entregó á Eugenio.

—Toma, le dijo, conserva este recuerdo; no seré esposa sino del que me lo devuelva.

Eugenio tomó el delicado ramo, le cubrió de besos y partió.

En el espacio de algunos meses se recibieron cartas de Eugenio; se había unido á su regimiento en el momento en que se embarcaba para Crimea; había llegado frente á Sebastopol, se había batido valerosamente, y aseguraba á Luisa que conservaba con cuidado el ramito de espino, y que esperaba devolvérselo muy pronto. Poco tiempo después las cartas cesaron, y ya no se recibían mas noticias. ¿Qué había sido de Eugenio? El anciano Bernard no decía nada: esperaba que espirase el año para emitir su opinión; y cuando pasaron los doce meses desde la partida de su hijo, se entregó completamente á su dolor. Dios no había escuchado sus oraciones; no había querido llevarle á él por arrebatarse á Eugenio. Este era su pensamiento constante, porque en su imaginación uno de los dos debía morir, y era su hijo.

Insensiblemente se fué extendiendo por la aldea que la víspera de la partida del sargento eran trece las personas que se reunieron á la mesa en el convite del padre Bernard, y que por consiguiente Eugenio había muerto. Estas ideas, pasando de boca en boca, llegaron á Luisa, cuyo dolor no tuvo límites.

Sin embargo, pasaban las semanas y los meses; se daban batallas, y el águila imperial se cernía en todas partes como señora absoluta, llevando á remolque la victoria que la escuadra francesa había amarrado á su carro triunfal. Procuraron averiguar la suerte de Eugenio preguntando á los periódicos, buscando noticias en los boletines de la guerra, y escribiendo al ministerio; pero todo fué en vano, y nada se descubrió. Estaban afligidos, y la esperanza empezaba á abandonarles. ¿Qué había sucedido?

Entretanto, un jóven de los alrededores, que había dirigido sus miradas á Luisa, vino á pedir al padre su mano. Tenía una posición cómoda, era favorablemente conocido, y el padre, lisonjeado con este enlace, lo propuso á su hija, quien no condescendía por las promesas que había hecho á Eugenio.

Sí, decía su padre: tú has dado palabra de ser su esposa al hijo de Bernard, y hasta le has estado prometida por mí; pero todos dicen que ha muerto. Aseguran que le mataron en una emboscada; y habiendo sido enterrado por los rusos, no ha sido posible averiguar á punto fijo cómo sucedió. Por tanto, tus promesas son ya como si no las hubieras hecho.

Algunos dias después se anunciaron oficialmente los desposorios en la aldea, y á nadie extrañó esta unión, por-

que todo el mundo creía que Eugenio Bernard había muerto, siendo bastante á confirmar esta creencia el hecho auténtico de que eran trece á la mesa la víspera de su partida.

Llegó el domingo siguiente, y el cura de la parroquia publicó desde el púlpito las amonestaciones: todo parecía terminarse de un momento á otro. Concluida la misa, dejó caer Luisa la cabeza entre sus manos para llorar amargamente el sacrificio de sus mas tiernas afecciones, porque también ella había perdido toda esperanza de volver á ver á Eugenio. Sin embargo, al dirigir á Dios fervientes oraciones, levantó la cabeza y vió al través de las vidrieras del templo una porción del cielo que estaba azul y sin nube alguna. Este día se parecía á aquel en que había visto á Eugenio. Era la misma atmósfera cargada de perfumes, sólo que habían pasado dos años desde aquel infausto día.

Habíamos llegado otra vez al mes de mayo, en que el aromático espino estaba florido. Luisa olvidaba en aquellos momentos lo presente para no acordarse mas que de lo pasado. Después de haber mirado al cielo por última vez, se levantó para salir de la iglesia y tomar el brazo de su futuro esposo; pero extendiendo su triste mirada por todo el santo recinto del templo, vió arrodillado sobre una tumba un jóven oficial. No había con quién equivocarle: Luisa le reconoció.

¡Eugenio! ¡Luisa! tales fueron las primeras palabras, rápidamente entrecortadas por dulces lágrimas, que se cambiaron entre los dos amantes.

—Te traigo el ramo de espino, Luisa mia, y vengo á reclamar el cumplimiento de tu promesa.

Por toda respuesta Luisa tendió la mano al jóven militar.

Eugenio había combatido valerosamente; fué hecho prisionero por los rusos en una emboscada, y no le cangearon hasta mucho tiempo después. Luego se hizo distinguir por su valor y sangre fría, mereciendo que su nombre figurase en la orden del día; y por último, después de la toma de Sebastopol, obtuvo la licencia absoluta. Venía con la charretera de subteniente y la cruz de los bravos en el pecho á buscar en el seno de su familia el reposo de que tenía gran necesidad.

La súbita llegada de Eugenio preocupaba á todos los habitantes de la aldea, que continuamente repetían: *¡Eran trece en la mesa, y después de dos años viven todos aun!*

A los quince dias, luego que todo el mundo se había convencido de que Eugenio no era un vampiro, ni una aparición de las negras mansiones, Luisa fué la señora de Bernard; y nunca, según decían, había estado mas hermosa y encantadora. Entre las flores de su ramillete de naranjo se veía una tímida flor de espino, seca ya en verdad, pero que tenía mucho valor á los ojos de la novia.

El anciano Bernard era muy feliz, y en sus frecuentes meditaciones, pensando en la dicha de Eugenio, repetía sin cesar: ¡quién diría que éramos trece en la mesa la víspera de la partida!

LA ELEGANCIA.

Esta cualidad ó hábito es una combinacion de sencillez, precision y gracia en todos los actos de la vida. Las personas para quienes pasa por elegancia su brillante compostura sobrecargada de oropeles, y cierta profusion de dorados, curiosidades y adornos en su casa; que prodigan modales estudiados, palabras rebuscadas, gestos, dengues, melindres, maneras afectadas de mover la cabeza, de colocar los brazos, de inclinar el cuerpo y de llevar las prendas de vestir; esas personas, decimos, se sorprenderán de que consideremos la sencillez como elemento de distincion. De seguro que no podrán menos de seguir oyéndose á sí mismas, cuando hablan, recortando palabras *finas*, gesticulando, dándose aire de importancia, hablando alto, ó tan bajo que obliguen á convertirse todo en oídos al que escucha, exagerando los adornos de sus trajes, y cargándose de joyas, sortijas, bordados y encajes, segun lo exija el capricho de la moda. No querrán ver perdido el fatigoso trabajo que han empleado para adquirir fama de elegantes, y hasta procurarán transmitir á sus hijos esa cualidad obtenida á costa de tantos esfuerzos y cuidados; sus convicciones en este punto no han podido ser ni aun siquiera modificadas por Fray Luis de Leon, Vives y otros; seria ridículo que nosotros lo intentásemos.

Nos dirigimos á los que, convencidos de que la sencillez es una condicion de lo bello y de lo verdadero, la buscan en las ciencias, en las artes, en las ideas, en los sentimientos, y sobre todo, en las relaciones sociales. El que multiplica y exagera sus demostraciones de cortesía, y sus seguridades de afecto, cesa forzosamente de ser veraz. Y si no, que cualquiera, despues de haber recibido tan ardientes protestas, las ponga á prueba, y se encontrará con una persona fria que no sabrá disimular la mas leve falta.

Cuidemos, pues, de que nuestros hijos no lleven hasta la falsedad sus actos de cortesía y de que jamás haya exageracion en sus demostraciones, ni afectacion en sus maneras. El gusto para vestirlos deberia limitarse al corte de las prendas y á un escrupuloso cuidado en el aseo, habituándolos á estimar en poco todo lo que sea diges, novedades y adornos. Esto concierne especialmente á las jóvenes que por el hecho de la posicion social ó de la educacion, rara vez encuentran medios de ser sencillas y sinceras: muchas despues de haber cargado su cuerpo

por parecer elegantes, cargan su alma por parecer amables.

Para que la sencillez llegue á ser un principio de elegancia, es indispensable que, tanto en lo fisico como en lo moral, esté siempre acompañada de precision y agilidad, es decir, de gracia. Todo movimiento que se ejecuta en plena libertad, y que se combina con la actitud mas ventajosa, segun la rapidez ó la fuerza que exija, es gracioso. Para convencerse de esta verdad basta ver á un niño desnudo jugar sobre una manta ó alfombra; pero si los vestidos, estrechos y mal dispuestos, le molestan, los movimientos carecen de gracia y tienen algo de trivial y comun. Siempre que los adolescentes, por falta de su organizacion ó de ejercicios gimnásticos, no tienen movimientos fáciles y precisos, están desprovistos de elegancia. En igual caso se hallan los jóvenes que no poseen fuerza y agilidad, y con mas motivo los que al frecuentar reuniones aprenden toda la ciencia de los movimientos femeninos. La gracia masculina debe tener siempre algun vigor; pero este, que hasta hace poco tiempo no se ha tenido en cuenta en la educacion fisica, sigue completamente olvidado en la educacion moral. El medio de dar elegancia á los sentimientos y á las ideas, no consiste en sobrecargarlos de accesorios, disfrazándolos de mil maneras, sino en expresarlos con toda su sencillez y fuerza, presentándolos palpitantes á los ojos de aquellos á quienes deben persuadir ó conmover.

El arte, en cualquiera de sus formas, no adquiere elegancia, sino simplificándolo; la ciencia no progresa, sino procediendo de igual modo; y en fin, la sencillez, la precision y la fuerza fueron siempre los agentes de las grandes inteligencias. He aquí por qué, en la educacion intelectual, la enseñanza debe acudir al hecho principal remontándose desde el efecto á la causa, y desembarazándose de las ideas accesorias. El secreto de hacerse comprender de los niños consiste siempre en simplificar; pero este secreto encuentra pocas personas capaces de aprovecharlo, y por eso están en tan gran mayoría las inteligencias difusas y vulgares: la mayor parte de los cerebros no pueden abrazar sino ideas incompletas y divididas en fragmentos.

Resulta de todo esto, que el arte, la ciencia, la filosofia y la civilizacion entera, en vez de estar como en los buenos tiempos de la antigüedad bajo el dominio de principios, fecundos porque eran sólidos, elegantes porque eran armónicos, y accesibles á todas las inteligencias porque eran sencillos, se hallan hoy en cierta especie de decadencia. Lo accesorio absorbe en todo á lo principal; el arte dramático cree progresar multiplicando los juegos de palabras y perfeccionando las máquinas del teatro; la pintura vé una escuela en cada nueva mezcla de colores; la música cree que hace mucho complicando las ór-

questas; la filosofía se imagina crear invirtiendo algunas ideas de Pitágoras, Platon ó Aristóteles; y en fin, el amor á la difusión y el temor de la unidad dominan en todo.

No es esto decir que el espíritu de detalles no haya realizado algunos descubrimientos y progresos, sino que muchos conocimientos humanos deben ser reasumidos en ideas sencillas y elementales, si se quiere que sean provechosos á la generalidad de las inteligencias; el progreso no es real, sino cuando el pueblo participa de los elementos artísticos, científicos y morales.

Convencidos de que el porvenir debe, so pena de decadencia, operar el inmenso trabajo de simplificación para iniciar en los pueblos el amor á lo bello y lo verdadero, anhelamos que la educación, dirigiendo á la juventud por esta vía, dé un impulso análogo á todas las facultades de la inteligencia y del corazón.

J. T. L.

COSTURA.

Las labores que forman la instrucción particular y propia de la mujer son dignas de sujetarse á un estudio serio y metódico, no tanto para la mayor facilidad de su enseñanza, cuanto por descartarlas de ese carácter mecánico y de rutinaria imitación con que pasan de unas á otras generaciones, sin que aprendan á examinar las particularidades y combinaciones de lo que hacen, á fin de que, al propio tiempo que adquieren el hábito de ejecución, reúnan aptitud bastante para comprender y hacer por sí mismas cualquier labor que venga á sus manos, sin necesidad de procurarse una persona á quien verla ejecutar y bajo su dirección confeccionarla. Duele, en efecto, observar que nuestras jóvenes no adquieran en la mayoría de las escuelas y colegios instrucción suficiente para comprender por sí mismas esas maravillosas y encantadoras labores con que la moda viene frecuentemente á despertar y satisfacer su delicado gusto; y que si pretenden ocupar sus manos en la confección de aquellas que mas las seducen y desean poseer, necesiten una preparación y dirección igual á la que tuvieron antes para el aprendizaje de las labores mas comunes. Por estas y otras tan poderosas razones que no se ocultan á la exquisita penetración de nuestras amables lectoras, nos proponemos ayudar la enseñanza de labores, no solo con las descripciones de los objetos y primores que en bordados, crochet, mallas, encajes y flores varían con la fugaz satisfacción del gusto y uso que la moda hace cada día mas móvil é inestable, sino con reglas y descripciones para las labores de necesidad y utilidad que sirven de base á la enseñanza primera de la niña, en lo que exclusivamente corresponde á su sexo y ha de formar la base de su trabajo para la satisfacción directa de atenciones domésticas que entran por mucho en el bienestar de una familia.

A este propósito, abrimos nuestra sección de labores con algunas indicaciones generales referentes á las de aguja, y de estas mas especialmente la costura, que es la principal, sin duda, de todas cuantas la mujer ha de aprender y ejecutar en el transcurso de su vida, como propia del sexo y aplicable á los usos y necesidades de todas las familias, segun su rango.

Puede asegurarse que todas las labores de aguja se reducen á la costura, punto de calceta y *crochet*; y que las demás que se ejecutan con ella, no son otra cosa que derivaciones mas ó menos complicadas y fáciles de realizar. La enseñanza de estas tres labores fundamentales á las niñas, debe merecer á las madres y profesoras de la infancia una atención exquisita, porque de su buena ó mala realización depende muy directamente la aptitud de las niñas para aprender y ejecutar despues el inmenso y variado número de aplicaciones á que dan lugar, ya en los usos mas frecuentes, ya en los mas delicados y fantásticos trajes que el gusto combina.

Se observa ordinariamente muy poca regularidad y menos conformidad en la sucesión de los primeros ejercicios para el aprendizaje de la costura; y esto nos obliga á fijar en primer lugar nuestra consideración en la cuestión de método, que influye muy mucho, ó mas bien lo es todo, en los buenos ó malos resultados de la enseñanza. ¿Cómo y en qué forma ha de empezar la de la costura para las niñas? He aquí una cuestión que deseamos resolver con el mayor acierto, y respecto á la que bien quisiéramos contar de antemano con la opinión de las muchas señoras y maestras españolas que tanto aventajan á las extranjeras en esta importante y utilísima labor; pero á pesar de este vacío, que sentimos muy mucho, consignaremos por ahora el orden que una larga experiencia viene dando á conocer como el mas preferible, no tanto por su facilidad, cuanto por la extensa preparación que ofrece en la sucesión de ejercicios que prescribe, hasta la aplicación á la confección de las mas sencillas piezas blancas de vestir que se ponen en manos de las niñas.

El primer ejercicio de costura deberá tener por objeto iniciar en ellas el hábito de contar siempre los hilos de la tela, al propio tiempo que tomar y manejar la aguja en el punto mas sencillo que es dable imaginar. Al efecto, se tomará un pedazo de tela blanca, al que, en presencia de la niña, se sacará uno de sus hilos á una corta distancia de cualquiera de las orillas. Se le colocará á la niña preso por la punta del lado derecho sobre la almohadilla que estará sobre la mesa ó costurero; y despues, harémosla tomar una hebra de hilo ó algodón del largo que ella tenga desde la extremidad de los dedos de la mano derecha al codo. Preparada una de las puntas del hilo para enhebrar, y fija entre los dedos pulgar é índice de la mano derecha, se le hará tomar la aguja entre los mismos de la izquierda, de modo que la presente á la altura y frente á la barba para enhebrarla. Hecho esto, pasada la hebra por el hondon de la aguja, y tomada esta en la mano derecha, se la enseñará á formar con la izquierda el nudo en la otra punta del hilo. Para empezar á coser, despues de apoyar el hondon de la aguja en el dedal, que cubrirá la yema del dedo llamado del corazón, y tomar con la mano izquierda la tela que ya tenemos sujeta á la almohadilla, se le harán contar, marcando con la misma punta de la aguja, el número de hilos que ha de coger la puntada, de los transversales que se han puesto al descubierto por medio del deshilado. Contados, introducida y pasada la aguja, se hará que la niña siga y cubra con un punto adelante el hilo que de antemano se ha sacado. Este ejercicio, practicado repetidas veces, facilita á la niña la colocación mas propia para la costura; la inicia, como hemos dicho, en el manejo de la aguja y el hábito de contar los hilos para coser, que es la base de la igualdad en esta labor, y ofrece otras muchas ventajas de que nos ocuparemos para las prácticas sucesivas.

E.

BORDADOS EN CAÑAMAZO Ó DE TAPICERÍA.

Los bordados de esta clase forman hoy una de las labores mas interesantes, por la extension de sus aplicaciones y el exquisito gusto de sus brillantes colores. Desde el alfombrin á la banqueta, desde el portier al elegante bolsillo, se emplea este género de bordado con solo variar el tamaño del tejido y el grueso de la hebra con que se borda.

La moda nos ha ofrecido en el pasado mes de diciembre el mas sorprendente dibujo para tapicería; y es de admirar en él la acertada combinacion de sus brillantes colores y el delicado gusto que aparece en la eleccion de sus numerosos detalles.

Hoy no pretendemos ocupar la atencion de nuestras lectoras con el examen y ejecucion de esta labor, ni mucho menos con la descripcion del dibujo: queremos solo dar una idea de sus partes y colores principales para entretener á las mas dadas á ocupar los ratos de ocio en grandes bordados de efecto, é interesar á las mas curiosas é impacientes, dándolas motivo para acometer la empresa de ver si realizan una combinacion aproximada á la que ha merecido la preferencia del buen gusto para los miles de objetos á que se presta.

El dibujo, hemos dicho que es de los mas variados y agradables en tapicería: la combinacion de colores de un efecto sorprendente. Hay en él para satisfacer todos los gustos, todas las exigencias y para aplicar á todos los objetos. Consta, en primer lugar, de una primorosa guirnalda de enredaderas, formando una tira que hace una magnifica vista en portiers y muebles de tapicería, para lo que es muy propio por su extension. En toda la guirnalda, sobre cuyo follaje verde se destacan flores de brillantes colores, hay distribuidas preciosas y pequeñas aves, cuyas plumas imitan á topacios y esmeraldas, y son de un efecto maravilloso. Ocupan el centro, y pueden formar por sí solas dibujos muy elegantes para acericos y otros objetos de pequeño tamaño. Tambien se pueden bordar las aves solas en cañamazo grueso, y tendrán suficientes proporciones para alfombrines.

El mismo dibujo contiene paralelamente otra tira de igual aplicacion que la anterior; y en ella hay tres motivos, á cual mas primorosos, para dibujos de sillars, banquetas y taburetes, porque son cabezas de animales con su orla de cerezas y hojas verdes que se destacan perfectamente del resto de la tapicería. Las cabezas son de ciervo, jabalí y lobo.

Si esta tira se quisiese bordar á medio punto, en cañamazo algo fino, ó fino completamente, servirá para un magnifico cinto de caza ó unos tirantes de exquisito gusto.

LAS FLORES ARTIFICIALES.

Este arte no es nuevo, pues desde tiempo inmemorial se han fabricado flores artificiales en la China. Las flores de los chinos no son de seda ni de ninguna especie de tela, sino de la médula de un arbusto cortado en hojas tan delgadas como el pergamino ó el papel. El arte de colocar flores naturales ó artificiales en el tocado de las damas era conocido de las modistas de Atenas y Roma. Plinio atribuye esta invencion al pintor Pausanias, que estudiaba el natural para reproducir en el lienzo y luego en flores artificiales recortadas y pintadas, los ramilletes compuestos por la florera Clycerea.

Los italianos se distinguieron mucho tiempo antes que

los franceses en la fabricacion de flores artificiales; se servian de tijeras y no de hierros para recortar, invencion moderna que ha sido debida á un suizo. Hasta 1738 no se hicieron en París flores artificiales que rivalizasen con las de Italia. Este adelanto lo efectuó un tal Seguin, que tambien hizo flores al estilo chino, y fué el primero que las formó con hojas de plata coloridas, para el adorno de las damas.

En nuestros dias, por una ingeniosa imitacion de la naturaleza, este arte ha llegado al mas alto grado de perfeccion. Los ensayos se iniciaron empleando cintas de diversos colores, que se sujetaban con alambres para reproducir, aunque groseramente, los contornos de las flores. Despues vinieron las plumas, materias mas flexibles y delicadas, pero que han ofrecido grandes dificultades para teñirlas de diferentes colores; solo la destreza de los salvajes de América supera este obstáculo, pues hacen con plumas ramilletes admirables.

Progresando los italianos, han empleado capullos de gusanos de seda y gaza de Italia. La primera de estas materias es preferible, porque no es higrométrica y conserva mucho tiempo el color con que se la tiñe; pero se ha renunciado casi á la segunda por la poca brillantez de sus colores.

En Francia se ha dado definitivamente la preferencia á la batista y al tafetan de Florencia: con la batista mas fina se hacen pétalos, y con el tafetan hojas. Tambien se han hecho flores: 1.º con barbas de ballena, que M. Bernardière ha conseguido reducir á hojas delgadas y decolorar completamente dejándolas de un blanco mate, para darles en seguida el color que se desea: 2.º de conchas, pero no son aceptables por su pesadez, y ya no se consideran sino como objetos de curiosidad; y 3.º de cera, pero no se hacen para el comercio, porque el despacho no seria bastante considerable. Solo cultivan esta rama del arte algunas damas, que la han llevado á tal grado de perfeccion, que las floristas se engañan, puessin tocar las flores es imposible distinguir el producto del arte del de la naturaleza.

París y Lyon son los puntos donde se fabrican hoy flores artificiales con mas perfeccion; satinan la batista para disminuir el grano; pintan los pétalos á mano y los recortan con saca-bocados de varios tamaños.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Tratándose de los cuidados que reclama el gobierno de una casa, á fin de cortar el desarreglo y hasta la prodigalidad en que pudiera incurrir la muger, es muy fácil caer en un vicio odioso y diametralmente opuesto, nada propio en la juventud del bello sexo, que es la avaricia. Un hombre razonador (1) dice: «En una vida frugal y laboriosa no se debe pretender mas que alejar el desorden, consecuencia de una conducta pródiga y ruinosa. No es indispensable suprimir los gastos superfluos mas que para poder ejercer la liberalidad que inspiran la amistad, la beneficencia ó la caridad. Muchas veces se recoge gran fruto perdiendo con oportunidad. He aquí una parte del buen orden que produce grandes beneficios, y no ciertos ahorros sórdidos.» No es completamente imposible que en la edad en que la muger empieza á conocer en parte el gobierno doméstico, manifieste inclinacion á ser avara; si tal sucediese, se debe evitar á toda costa tan fatal inclinacion en ella, aun á riesgo de arrastrarla á excesos opuestos; pues la prodigalidad, tan funesta como es, jamás se hace tan odiosa como la avaricia. Pero esta excep-

(1) Fenelon, Educacion de las hijas de familia, cap. XI.

cion tan rara, por lo contraria que es á los dulces y afectuosos sentimientos de la muger, no ocurrirá ciertamente sino en casos muy particulares, á cuyo estudio descendemos mas de una vez. Mas ya que á ello nos hemos referido, diremos á este propósito con Mme. Campan: que «tan fácilmente se cae en la prodigalidad como en la avaricia; y es indispensable enseñar bien á las jóvenes el valor del dinero, antes de confiarles el cuidado de los gastos domésticos. Durante uno ó dos años se las debe encargar de la cuenta y razon del gasto diario, á fin de que conozcan por sí mismas las cantidades destinadas á la adquisicion de lo necesario.»

«Las reflexiones nacen muchas veces de lo que se presenta á nuestra vista; y sin tener amor al dinero, su pronta desaparicion causa una especie de sentimiento que inspira el deseo de ahorrarlo. Pero no tema una madre hacer á su hija avara, porque este vicio no es de este siglo, y fácil es que su conducta haga paso á la prodigalidad.»

La economía cuenta entre sus principales caracteres el de no considerar nada indiferente. Ella no tiene por realmente económico evitar los grandes gastos y la profusion de objetos en una casa, á no ver que se falta al mismo tiempo el orden y arreglo de todos los detalles ó particulares en ella. Nos enseña tambien que en el gobierno doméstico cada cosa tiene su valor, y el desahogo en la posicion de una familia resultará de pequeñas economías, así como la ruina proviene tarde ó temprano de pequeñas prodigalidades. La economía tiene por compañero inseparable el cuidado, que no desprecia el cumplimiento del mas pequeño deber, por secundario que pueda considerarse. Está sostenida por el espíritu de orden, de la cual es, por decirlo así, una manifestacion perseverante. Por esta razon podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que en la casa donde no se revele el orden á simple vista, no brotan los benéficos frutos de la economía. Ella es como las buenas inspiraciones: dá al espíritu una calma que esclarece y facilita el cumplimiento de todas las obligaciones; que aprovecha extraordinariamente para la adquisicion de las demás virtudes en la edad juvenil. Por último, es el excelente y necesario aprendizaje de los deberes que la muger tendrá que cumplir un dia, y de la direccion que como esposa y como madre puede solo ella dar á los gastos particulares ó interiores de su casa.

L. R. P.

MODAS.

El capricho y la fantasía vienen mejorando extraordinariamente el gusto en las sorprendentes creaciones de la moda, y no sabemos qué admirar mas, si los esfuerzos del arte para corresponder á las exigencias del buen tono, ó la naturalidad y belleza de los dibujos y la combinacion de los colores, tan en armonia con la calidad de las telas y la forma de los trajes, para atraer por su elegancia los delicados votos de la juventud y la belleza. Muy ricas son las telas que merecen la preferencia en la estacion presente; el éxito no ha sido dudoso desde el instante en que aparecieron. Fondo negro, en que el capricho y la fantasía ha deshojado los mas ricos colores de mil floridos campos, de una novedad encantadora. Todo el mundo las acepta, no solo por su exquisito gusto, sino porque se acomodan á todos precios. El recamado y bordado de flores y semillas forma las confecciones mas hábiles. En las telas para soarés sobre todo, las semillas son de una delicadeza y perfeccion

admirables; claveles amazorcados, ramas de brezo, botones, rosas espumosas; todo lo grande, todo lo mejor, como una rama de *vellosilla*, se distingue por sus tonos deslumbradores sobre un bello fondo negro mate. Sin embargo, algunas ricas telas llevan grandes racimos de flores, y otras magníficos ramilletes sobre un fondo de gro-gren negro. En esta lluvia de flores de colores naturales, hay tambien semillas auríferas verdaderamente encantadoras. En este género el enlace de las semillas y estrellas brillantes, por anillos que las cierran, tienen un efecto mágico, sobre todo en fondos de lana. Entre las ricas telas de soaré se cuentan, además de los géneros y dibujos enunciados, otras de fondo de color con aplicaciones de terciopelo negro, entre las cuales hay algunas con rayado muy estrecho sobre fondo de gro-gren blanco.

El padesú mas aceptado ha variado la manga en los que estaban anteriormente mas en boga. La forma generalmente adoptada es de un tamaño medio entre la manga completamente caída y la de forma lisa, ya conocidas de la generalidad; sin embargo, es aun bastante larga; lleva marcado el codo y el borde guarnecido por alguna vuelta. El adorno nuevo para este objeto es el astracan de color gris, que se coloca alrededor del cuello y de las mangas, en la pequeña esclavina y en los adornos; algunas veces se lleva alrededor de todo el padesú, siempre que este sea mas corto, y tambien se le pone el astracan sobre la costura de la manga hasta la sisa. En el guarnecido de algunos padesús se advierten reminiscencias de los del estilo.

El intenso frio del invierno hace que tambien se lleven grandes mantos, cuyas mangas se forman por un cogido en el ancho de la falda, guarnecidos de grandes bellotas. Los de baile, mas suntuosos que nunca, son la mayor parte de cachemir blanco, azul ó rojo con bordados negro y oro, cuyos dibujos de gusto oriental hacen mas bien el efecto de platería inerustada, que de simple bordado. Estos mantos y los padesús, mas largos y mas anchos que nunca, reclaman vestidos tan anchos como ellos mismos y aseguran á las sobrefaldas, que casi han desaparecido, un largo porvenir.

De las diferentes confecciones y gustos que la moda nos ha hecho admirar en el vestido, describiremos ahora los que han merecido los honores de ser diseñados en el figurín del finado diciembre.

Traje adornado para soaré.

Vestido á la Gabriela, es decir, sin costura al talle, de tafetan ó gró color rojo-Magenta, ó carmesí adornado con blondas negras. Cuerpo escotado y guarnecido por delante con pequeños volantes repulgados en disminucion, de cuatro centímetros el mas alto y de tres el inferior, que está sobre el talle. Un rizado de blonda negra, guarnecido por otra blonda lisa, negra tambien, forma berta sobre el cuerpo, que baja por uno y otro lado hasta la mitad de la falda, retirándose graciosamente hacia atrás, donde forma una escarapela compuesta de gró y blonda, y de la cual penden dos cabos de blonda lisa y negra tambien, con un rizado de puntilla en medio, manteniéndose en llano sobre la falda hasta su conclusion. Todo el delantero de la falda entre las dos guarniciones de blonda está tambien guarnecido de pequeños volantes, que van creciendo desde el talle hasta el bajo, teniendo diez centímetros el primero y quince el último, que dá vuelta alrededor de toda la falda. Este volante lleva una pequeña cabeza rizada en toda la parte que está solo. La manga es corta y ahuecada, cubierta con una blonda negra que sale de la misma de la berta.